

La aurora del existir

Un manifiesto por la vida

Desde pequeños nos han enseñado que nuestra vida no tiene sentido; que nuestro cuerpo es un impedimento para la plenitud en el otro mundo. Nos han instado una y otra vez a que renunciemos a nuestro cuerpo, a nuestra existencia material, a nuestra individualidad, a pensar fuera de la colectividad.

Nos dicen que sin dios y sin el más allá, la vida no tendría ningún sentido. Y que sin la moral religiosa, el ser humano carecería de guía para dirigir su vida y se caería en el caos absoluto.

Sin embargo, la vida es pletórica de sentido por sí misma. No se necesita ni de la eternidad ni del más allá ni de dios para que esta vida tenga sentido. De hecho, dios, el más allá, lo espiritual y lo moral es precisamente lo que, a lo largo de la historia de la humanidad, ha despojado a la vida de todo sentido, pues dejamos de ser seres para la vida e incluso seres para la muerte para pasar a ser seres para el más allá.

Nos enseñan a renunciar a la vida, a renunciar al placer, a renunciar a nuestra propia humanidad y a negar la humanidad de nuestros próximos en nombre de realidades metafísicas indemostrables y que en cada cultura cambian. Así, renunciamos a vivir nuestra vida de forma ética, empática y sana en pos de vivir para un más allá que en cada cultura es distinto y del que no tenemos referencia empírica alguna.

Cuando vivimos para este mundo, para la realidad material en la que estamos, nos enfocamos a construir una vida lo más plena posible, nos enfocamos en la calidad nuestras relaciones personales por que todo lo que tenemos es este mundo, toda nuestra existencia se reduce a esta realidad contingente y por ende valoramos mucho mas todo lo que nos rodea y a todos los que son parte de nuestra pequeña, frágil, breve y contingente existencia. Este instante de existencia en el que nos encontramos, es el único instante de existencia que tenemos. Si lo desperdiciamos, habremos desperdiciado nuestro pequeño instante de existencia y no tendremos nunca más un solo instante para compensarlo. Todo se reduce a esta realidad y por ende, lo más sabio es construir los instantes más positivos, mas constructivos y más plenos que nos sea posible. Nuestra existencia empieza con nuestro nacimiento y termina para siempre con la muerte. No existe el después de la muerte. Nuestra existencia efímera es una pequeña aurora que sucede tan solo en el breve lapso entre nuestra concepción y nuestra muerte. Después de ello, no habrá nada pues habremos dejado de existir y punto.

Por ello, cada plática que llenamos de negatividad, cada momento con otro ser humano que no aprovechamos, es un momento de bien que habremos desperdiciado y que jamás volveremos a recuperar. Cada orgasmo al que nos negamos, cada beso, cada caricia, cada goce que rechazamos, se perderá en la eternidad de la no existencia. La idea de dios, al enfocar toda nuestra vida en vivir para después de la muerte, le quita de manera radical todo el sentido a esta existencia, pues rechazamos nuestro único y pequeño instante de existencia para vivir después de la muerte, cosa que es muy improbable. Por lo que al final lo más seguro es que habremos desperdiciado nuestro pequeño instante de existencia en una vida en la que cada día fue dedicado a negar la vida, el amor, el placer y el bien, nuestra humanidad y la humanidad de los que nos rodean. La idea de dios, vuelve a la vida tremadamente anti ética, pues en pos de imponernos a nosotros mismos y a los demás los dogmas

religiosos que en cada cultura son distintos, negamos la realidad en la que existimos, negamos la humanidad de aquellos que nos rodean y negamos nuestra propia realidad. Acabamos así negando todo fenómeno delante nuestro en pos de dogmas que no se corresponden con la realidad y que se niegan a ser cuestionados. Así, desperdiciamos cada oportunidad de construir momentos valiosos con los demás y con nosotros mismos en pos de una metafísica inexistente.

Además, cuando reconocemos que nuestra existencia radica aquí y solo aquí, nos volvemos mucho más empáticos y más sensibles, pues dañar nuestra realidad, nuestro sistema, implica llenar nuestro mundo de estrés, de conflicto, de odio, de resentimiento y en general de estados psicológicos negativos. Y llenar de toda esa negatividad una existencia tan breve, destruir las relaciones interpersonales que podrían enriquecer tanto, es desperdiciar los breves instantes de nuestra existencia.

Por eso cuando dejamos de lado la idea de dios y abrazamos plenamente esta existencia material, efímera, instantánea y contingente, adoptamos una postura totalmente racional en la que caemos en cuenta de que la forma más eficiente de vivir la mejor experiencia en este mundo es actuar de la forma más ética posible, aprovechando cada oportunidad de interrelacionarse con los demás, de disfrutar cada oportunidad y de construir una vida lo más retroalimentativa posible.

Podría decirse que sin más allá, sin dios, no hay nada que detenga a las personas para que busquen conseguir materialmente todo lo que quieran a costa de los demás. Sin embargo, esto sería un contrasentido, pues el convertirse en un ser violento, desconfiado, paranoico, agresivo, reactivo, lúgubre, triste, depresivo, en pos de conseguir ya sea bienes materiales o el control de otros, no es en realidad una vida disfrutable. Al contrario, acaba siendo un infierno. Y convertir nuestra fugaz existencia en un infierno interno es todo lo contrario de una vida buena.

Convertirnos en seres que se dedican a controlar la existencia de los otros, dedicarnos a querer dictaminar y determinar lo que nuestra pareja o las personas cercanas hagan o vivan, enfocarnos en manipular, chantajear, controlar o imponernos a la vida de los demás, es enfocarnos en desperdiciar nuestras vidas impidiendo que los demás puedan vivir las suyas. Esto es una de las formas más absurdas y destructivas de desperdiciar nuestra fugaz existencia. Además de que no nos desarrollamos ni vivimos nuestras propias vidas, tampoco permitimos que los demás se desarrollen y ni vivan. Y así, nadie progresá, nadie aprende y todo nuestro sistema se queda estancado y cada vez más carente de todo tipo de elementos. Ser ético es dar libertad, y dar libertad conlleva dejar que el mundo de los demás prospere y a la par permitir que nuestro mundo prospere. Ser racional es aprovechar nuestra existencia para construir un mundo mejor en vez de dedicarse a impedir que el mundo avance y que los demás vivan su vida.

La aurora de la vida consiste en reconocer plena y críticamente que estaremos en este mundo solo unos instantes y que lo que hagamos con esos instantes será lo único que podremos hacer pues después de ello nuestra existencia habrá concluido para siempre, para nunca jamás volver. Sin ninguna nueva oportunidad, sin regresos, sin reencarnaciones, sin más allá. Simplemente dejaremos de existir como una reacción química que se extingue, como una materia orgánica que se desintegra en la tierra del bosque húmedo. Aceptar la idea de dios es negar este pequeño momento de existencia que tenemos, es rechazar la única oportunidad de vivir, de existir, de amar, de gozar y de compartir. La idea de la moral es negar la realidad que tenemos delante de nosotros al asumir irreflexivamente dogmas y prejuicios, es negarnos a nosotros mismos y a los demás. Por ello, a diferencia de la moral, la ética es construir la vida más constructiva y más sana y crear las relaciones interpersonales más positivas posibles. Para así, aprovechar de la mejor manera este breve y fugaz instante de existencia. La ética es

el compromiso de reconocer la realidad que tengo delante de mí y actuar acorde a esa realidad. La ética es hacer el esfuerzo honesto de intentar comprender de la forma más amplia y mejor contextualizada lo que se me presenta, lo que yo soy y lo que los demás son, para así responder de la forma más eficiente y más productiva posible. La ética es buscar los criterios más amplios y más eficientes para comprender las cosas y para desarrollar respuestas. Por ello reconocer nuestra realidad efímera y breve y actuar de la forma en que creamos una vida lo más positiva posible, con mejores relaciones personales y mejores contextos, es la forma más ética de vivir. Y por ende, negar nuestra realidad es absolutamente anti ético.

Cuando se quiere imponer una moral y una realidad metafísica con el pretexto de que solo con esas ideas se impide la maldad y el egoísmo, se está siendo o deshonesto o no se está reconociendo la realidad humana, porque aquel que es egoísta, aquel que es malvado, cruel, violento, abusivo, no vive una vida plena. Podrá estar en condiciones materiales buenas, pero esas condiciones materiales no se traducen en estados psicológicos sanos. Se sabe con referencias de más, que todos los dictadores de la historia han terminado sus días siendo personas tremadamente amargadas, llenas de paranoia, de resentimientos, de odios, de rencores y que no son capaces de tolerarse a sí mismos. No se necesita el mas allá ni a dios para optar por vivir una vida de sana colaboración para con los demás, pues el desarrollar relaciones interpersonales positivas lleva a desarrollar estados psicológicos internos y a desarrollar autoimágenes y una autopercepción positiva, cosa que es fundamental para sentirse bien con uno mismo y por ende fundamental para que esta breve existencia sea una existencia de calidad. Pues la calidad no reside en lo material en si mismo, en lo externo, sino en los estados internos, psicológicos, neuroquímicos, emocionales, que nuestro dialogar con el mundo nos lleve a alcanzar. Las condiciones materiales son sin duda alguna fundamentales, pero siempre como un medio que nos permitan alcanzar las mejores condiciones internas, psicológicas, neurobiológicas, afectivo'cognitivas.

Cuando se entiende que es una ilusión que vivir para un mas allá, para una moral religiosa o para un dios NO te hace mejor persona, cuando se entiende que en realidad vivir para el mas allá vuelve a la gente carente de empatía hacia sí misma y hacia los demás y que por ende te vuelve una persona intolerante, agresiva, violenta e impositiva, te das cuenta de que en realidad todas esas ideas, al final te vuelven una peor persona, y que la única ruta real para ser una persona positiva, una persona que crea relaciones interpersonales sanas, que se construye cada día a sí misma de una mejor forma y que procura que el mundo a su alrededor sea el mejor posible, es reconocer la realidad material en la que estamos, entonces se dejan de lado las religiones y los modelos metafísicos para asumir al 100% el compromiso ético de vivir de la forma más significativa y de aprovechar al máximo cada momento con nuestros amigos, nuestros amantes, nuestros hijos, nuestras mascotas, con nuestro entorno y con nuestro mundo. Reconocer lo efímero de nuestra existencia es comprometerse con la propia vida y con las vidas que nos rodean.

Ahora, finalmente aun cuando existiera un más allá espiritual, el enfocarse en esta realidad sería lo que generaría el mejor karma y las mejores acciones, pues el reconocer la realidad presente, reconocer la propia humanidad y la humanidad de las demás personas, lleva a actuar de la forma más ética, responsable, sana y constructiva. Con lo que incluso si existiera ese más allá, la mejor forma de acceder a el seria enfocarse en este mundo, seria comprometerse al 100% con la realidad en la que estamos y con la humanidad de las personas que nos rodean.

La vida, es una breve y efímera aurora y la forma más racional de vivir esta vida es aprovechar cada momento, cada plática, cada aliento, para crear la experiencia más significativa posible.